

Dicen que habéis llegado. Además, sin el ruido y el caos que esperaban algunos. Bienvenido, Tercero. Bienvenido, Veintiuno.

Siglo nuevo y un nuevo Milenio: es emocionante. No hay tanta gente que haya vivido esta experiencia. Abuela Joaquina tenía mucha ilusión en llegar, la pobre; sólo por tres años no lo ha visto... una lástima. Y yo, Constanza Morales, una chica sin importancia, os saludo, camino de mi oficina en el segundo día laborable de este año dos mil. Es Martes, cuatro de Enero; en realidad, primer día de trabajo porque ayer no se hizo gran cosa. También espero que sea para mí el principio de muchas cosas buenas y estimulantes, como encauzar mejor mi vida y sacarle más partido; desde luego lo voy a intentar. Hoy me siento más real: peso y volumen. Piso la tierra dura, estoy aquí; este sitio que lleno es mío propio. Curioso cómo todo está en la cabeza, en la disposición, no necesariamente en ningún acontecimiento. Y he decidido: voy a ser feliz. Bueno, si me dejan entre unos y otros. He salido más temprano de casa, así puedo dar un paseo. El frío de la mañana hace brotar de mí nubecitas de vapor si abro la boca. Voy por la calle Príncipe de Vergara, entraré al Retiro por la puerta que llaman de Madrid y cruzaré el Parque hasta salir a la Plaza de la Independencia.

No sé si de verdad estoy estrenando Siglo y Milenio; se ha armado bastante discusión con eso: que si empieza ahora o en dos mil uno. Yo recuerdo fotos que guardaba mi abuela, seguramente de la suya, de la Exposición de 1900. Ellos celebraron entonces la entrada del siglo veinte, así que yo celebraré hoy el XXI y el Milenio y, si viene a cuento, lo volveré a celebrar cuando sea. El año en sí me parece lo más importante, la sensación de que acaba uno y otro empieza, la continuidad de esa cinta de años –anillos de oro alrededor del sol– que nos lleva por nuestra vida. Fue Arthur quien dijo que el anillo, como se dan los matrimonios, es símbolo de fidelidad porque es un “añito,” *annellus*, y representa la continuidad de la Tierra alrededor del Sol. O al revés, como pensaban antes, el Sol alrededor de la Tierra. Arthur es la única persona que conozco que sabe latín para hablarlo de corrido.

Los años son continuidad aunque unos sean tan diferentes de otros. Desde luego, el que acaba de terminar había empezado más bien aburrido para mí. Monótono, dentro de una rutina, como quien duerme la siesta. Pero a mediados de Enero cambió todo de golpe. Mi hermana y yo tuvimos una bronca monumental que involucró fatalmente a toda la familia, más algunos amigos cercanos, y acabó haciéndome la vida muy difícil.

A partir de ese momento las cosas fueron como si salieran unas de otras, desenvolviéndose en más cosas inesperadas. De no haber sido por aquello, mi adorable Jefe del trabajo no habría insistido en trasladarme de la oficina de Sevilla a la de Madrid. Si no hubiera ido a Madrid no habría conocido a Francis, si no hubiera buscado piso nunca habría conocido a Misi. Ni Misi ni yo hubiéramos conocido a Martín y Arthur ni... Enfin, nunca ningún año me había traído tantas cosas, malas o buenas, como el que acabábamos de dejar.

Parece mentira, pero hace unos meses estábamos Misi y yo sentadas en una cervecería de la Plaza de Santa Bárbara, bajo la sombra manchada de unos árboles medio tuberculosos, en pleno centro de Madrid; delante de nosotras dos cervezas, aceitunas y dos pinchos de tortilla. Sábado, hora del aperitivo, hartas de andar. Ella me dijo:

—¿Sabes cuál es tu principal problema? Y mío también. Que no somos capaces de pedir la luna.

Buscábamos vivienda para mí, habíamos visitado tres pisos aquella mañana. El último, en la calle Santa Teresa, nos había llevado a restaurarnos con asiento y las cañas. La casa necesitaba aun más restauración que nosotras. La fachada amenazaba con perder sus bonitas cornisas y la escalera estaba tan dilapidada que uno quizá se encontrase un buen día sin poder bajar hasta la calle. Desalentada, había insinuado que tal vez debería comprar el apartamento que habíamos visto antes cerca de la Plaza de Castilla: pequeño y sin gracia pero recién pintado.

No hacía más que unas semanas que conocía a Misi y ya era, pensaba yo, una de mis mejores amigas. A las de Sevilla, mi tierra, las había borrado después de mi pelea con Macarena y a Queti, la que más quería, no la veía desde hacía cuatro años; al acabar la carrera se sumó a una organización de voluntarios para trabajar con los más pobres de no sé que lugar en África.

Ya ni me escribía siquiera; quizá no hubiera allí correo o tenía tanto trabajo que no podía escribirme. Yo la echaba de menos

Misi se estaba portando muy bien conmigo. Entonces no sabía cuánto no sabía de la vida de Misi. Sólo que trabajaba en una agencia de propiedades pequeña, y acaso furtiva, de la que era socia con tres amigas más.

Me encontraba en Madrid: atrás quedaban familia, amigos, las calles de mi ciudad con sus árboles y olores, esa cálida luz que no se encuentra en ninguna otra parte. Los rincones que amaba del Parque María Luisa, la Glorieta de Bécquer donde solía ir desde los trece años a mirar con devoción al poeta del que estaba –y pensaba que siempre iba a estar– profundamente enamorada... mi mundo, todo.

Dura tarea estar sola aquí pero suavizada por la presencia de los tíos, Flora y Bernardo, desde luego de Francis desde el principio y enseguida después por la amistad de Misi. Tal como habían ocurrido las cosas, a Sevilla nunca iba a volver como no fuera de visita; ya no había sitio para mí en la casa de mis padres. Tenía algún dinero ahorrado de mi trabajo, más una cantidad que me dejó mi madrina, la hermana mayor de mi padre, al morir. Pobre, una de esas enfermedades que no perdonan. Decidí comprar mi propio piso; no era tan fácil como había imaginado. De momento estaba en una pensión con una dueña pesada, habladora y llena de pretensiones, a mi ver totalmente injustificadas. Me había acogido con muestras de aprecio pero había ido cambiando con el paso de los días. Tal vez se hartaba de la gente o le molestaba que recibiera a Francis en la habitación. Me resultaban cada día más desagradables ella, su casa y el olor de ambas. A veces me decía a mí misma que sería mejor comprar cualquier cosa antes que seguir allí.

–¿Estás hablando de cosas personales o de ese apartamento?, –pregunté a Misi, cuando me dijo lo de pedir la luna.

–Ya te he dicho que era tuyo y mío pero es todo el mismo problema. El piso me parece caro para lo que es. Y, no sé, a ti no te veo ahí dentro. Tampoco estás entusiasmada y cuando compres tienes que estarlo.

Me disgustó que Misi tuviera la sensación de que se conformaba con cualquier cosa. Merecía ser feliz: era buena persona, guapa, simpática y cien cosas más, entre otras una excelente amiga. Ahora lo estaba demostrando. A ella, como agencia, le

convenía vender, comprar, hacer negocio y cobrar comisiones. A poco que me hubiera animado me habría decidido; era de agradecer que fuera en contra de sus intereses para ayudarme.

Curiosamente el hilo que me llevó hasta Misi había partido de doña Juanita, mi madre. Le parecía cutre que estuviera en una pensión, sonaba mal. Un hotel resultaría mejor pero los hoteles eran caros o malos o las dos cosas. Dió en llamarme por teléfono desde Sevilla todos los días a ver si había encontrado casa. Todo solía entrarle por rachas, igual me atosigaba sin darme respiro como parecía haberme olvidado por completo. Cuando me dijo que se proponía venir a Madrid, convencida de mi incapacidad para desenvolverme, me espanté.

–No, por Dios, no vengas. Me sentiría fatal y no te gustaría la pensión.

–No iría a esa pensión en ningún caso. Me iría a casa de mi prima Flora...

No era su prima; era prima de mi padre pero se la adjudicaba. Intenté convencerla como pude. Que estaba ocupadísima, dije, y era perfectamente capaz de arreglarme yo sola.

–¡Qué vas a ser! Has vivido siempre con nosotros sin tener ningún problema.

Así que ningún problema. Lo dejé pasar. Dije que, en realidad, no teníamos los mismos gustos. Es extraña la gente. Puede criticar todo lo que haces o cómo te vistes; pero cuando dices “no tenemos los mismos gustos”, se molesta.

Mi madre se molestó.

–No seas tonta –dijo–. Por lo menos ve a casa de tu tía Flora y le pides consejo. Ella lleva en Madrid toda la vida y conoce a mucha gente

–Me da un poco de apuro –protesté–. No he tenido tiempo de pasar a saludarla y presentarme allí para pedirle un favor...

–No seas tonta, –volvió a decir– anda y le pides ayuda. Siempre ha sido muy cariñosa con mis hijas.

Era verdad. Aunque sólo era prima de mi padre, mi madre y ella eran muy amigas. Años atrás cuando mi padre, en dos ocasiones, tuvo que pasar algún tiempo en Madrid para cursos

de ascenso en su carrera militar, fuimos a vivir los cuatro en la casa de la calle de Velázquez donde los tíos tenían sitio de sobra.

Al salir de la oficina fui en busca de un puesto de flores que había cerca y compré un ramo de rosas pequeñas que olían un poco a tabaco pero no había mucho donde elegir. Llegué con mi ramo a casa de los tíos que me recibieron como si no hubiera pasado tiempo desde aquellos años de la infancia.

Lo primero que me dijo tía Flora: “Me ha dicho tu madre que tienes novio. ¿Cuándo lo vamos a conocer?”.

–Novio, no. Salgo con un chico pero es algo como empezando, sabes. No sé si resultará. Lo que sí sabía, que Francis no quería nada con mi familia ni mis amigos. Me quería a mí pero lo nuestro tenía que ser super reservado.

–Bueno, rica, todavía es pronto. Pero cómo no has venido a esta casa. Estaríamos encantados de tenerte, ¿verdad, Bernardo?

–Verdad, verdad. Ya estuviste aquí de pequeñita. ¿O es que no te acuerdas?

Tío Bernardo tenía mucho pelo muy blanco, la cara rosada, los ojos claros acuosos, un poco abultados. Siempre iba vestido con trajes muy formales de tres piezas, camisas invariablemente blancas con gemelos y corbatas a rayas.

–¿Cómo no me voy a acordar, tío? Y todos los recuerdos que tengo de vosotros son estupendos.

Era verdad, pero sólo en parte. Me gustaba la casa, los tíos eran muy cariñosos con nosotros –no tenían hijos– y había una cocinera bastante vieja, Virtudes, que nos hacía platos especiales. Macarena y yo comíamos en el *office*, lo que preferíamos con mucho al comedor y las personas mayores, sopa de panecillos, natillas, croquetas... menús hechos sólo para nosotras. Por otro lado yo notaba una incomodidad: la sensación de que no era nuestra casa, mis padres no mandaban allí, eran sólo invitados. Una situación desacostumbrada que no sabíamos manejar. Pero lo peor era mi madre, llena de emulación por la vida de tía Flora, sus muebles y cuadros, sus muchos amigos, la manera de hablar y de vestirse... no sé en qué consistía exactamente pero doña Juanita parecía una provinciana algo cateta, queriendo aparentar lo que yo en el fondo bien sabía que no

era, queriendo alcanzar donde yo sabía bien que no llegaba. En aquella época ni siquiera hubiera podido decirlo con palabras pero estaba ahí, una inexpresable angustia. Vergüenza ajena, a la que algunos críos son propensos. Hoy, sencillamente me diría a mí misma: “es una cateta, *snob* como todas las catetas”, y ya está.

–Se lo dije a tu madre, que te vinieras –siguió la tía– y me dijo que querías libertad para salir con tu novio, aunque aquí libertad la tendrías toda... y la llave del piso, además.

Con su edad, cuatro o cinco años menor que mi madre, no podía decirle que más que salir con mi novio era cuestión de entrar. La miré con cariño: había tenido muy buen tipo y un bonito pelo rubio, aunque de cara no era guapa. Aún se conservaba joven, y se vestía siempre muy elegante, pero todas aquellas cosas de la juventud y enamoramientos seguramente se le habrían olvidado... y, mirando al tío, era lo mejor que le podía pasar. Demasiado tranquilo casi seguro.

–Érais dos chiquitas muy guapas –dijo el tío Bernardo, reminiscente– Muy distintas. Una morenita y menuda y la otra tan rubia con aquellos rizos y los ojazos azules... una verdadera Marilyn Monroe en miniatura. Aunque luego...

Ni siquiera suspiré, estaba acostumbrada a aquella clase de comentario. Mi madre era rubia con ojos muy azules; Macarena le había salido a ella, en mejor. Más alta y más ‘neumática’, con pinta voluptuosa que nunca supe si respondía a una condición real o era sólo el aspecto. El tío, quizá pensando que me había hecho de menos, seguía.

–Pero tú eres más distinguida, tú tienes clase. Castaña y delgada, mucho más elegante, y tu nariz es perfecta.

Quise decirle “los chicos me hablan bien de mis piernas, pero no me han dicho nada de la nariz.” La verdad, mis facciones no tienen nada llamativo, estoy un poco delgada de más para gustar, al menos en Sevilla, y sé que tengo cosas a mi favor: buen pelo brillante, buenos dientes, buen cutis y buenas piernas. Para el gusto-de-hombre al lado de mi hermana no tenía nada que hacer. Pero a Francis le gustaba, así que no estaría tan mal.

La niña que cuida de los tíos, una filipina tan flaca como yo pero con quince centímetros menos, se llevó las flores y trajo

una bandeja del té con bollitos calientes hechos en casa. Nos habíamos sentado en la sala atiborrada de muebles y adornos y, después de la puesta al día sobre la familia, que no tardó mucho porque habían venido a la boda de mi hermana poco antes, les conté mi problema. Inmediatamente me volvieron a decir que me fuera a vivir con ellos.

–Muchísimas gracias, de verdad os lo agradezco pero me conviene comprar. Tengo una cuenta de ahorro para vivienda y debo emplearla y... puedo hacerlo. La cosa es que no encuentro nada que acabe de gustarme.

–¿A qué agencias has ido? –preguntó la tía Flora.

Había ido a un par de ellas que vi en el periódico. La tía dijo que eso no era arreglo; las casas mejores casi nunca llegaban a estar en los anuncios. Su amiga Nosecuántas tenía una nuera que tenía una hermana que, a su vez, tenía una agencia con otras amigas. Trabajaban muchísimo porque conocían a la mar de gente. Estaban muy bien relacionadas.

Dichosas ellas, pensé. Y dije: “¿No te importaría preguntar a tu amiga?”.

El mejor favor es el que se hace más rápido. Al minuto tía Flora estaba hablando por teléfono en plan eficiente. “A ver si le encuentran a esta niña una cosa en condiciones... que es mi sobrina. Sí, ya sé que se lo tomarán con el mayor interés. Muy bien, que la llamen aquí, se va a quedar todavía bastante rato. Entonces esperamos la llamada. Un abrazo muy fuerte... sí, tenemos que vernos. No, no, gracias a tí por ocuparte.” Volvía a su butaca con la satisfacción del deber cumplido.

–Ya verás como éstas te solucionan el problema.

–Ojalá. Estoy aburrida de buscar. Y me han enseñado cada asco... Es una pérdida de tiempo.

–Espera y verás. Ya te he dicho que éstas conocen a todo el mundo.

Decía ‘todo el mundo’ con la misma entonación que mi madre, por lo demás no se parecían en nada. El tío Bernardo hablaba de inversiones y lo que debería pagar por metro cuadrado mientras yo asentía a todo, pensando que algunos metros cuadrados eran mucho más metrocuadrados que otros.

Antes de quince minutos me había telefoneado una de las cuatro socias, Margarita. Hablaba muy deprisa y era simpática; me citó al día siguiente por la tarde en su diminuta oficina en un bajo de la calle Serrano.

Allí conocí a las cuatro primeras que trabajaban con otras cinco o seis agencias formadas por otros tantos grupos de señoras como ellas, bien vestidas, visiblemente ricas y mundanas. Ninguna parecía necesitar aquel trabajo. Margarita, la que me había llamado, era muy guapa, morena, menudita; llevaba un traje de chaqueta color de rosa que casi me deja sin respirar. Con aire eficaz, me aseguró que encontraríamos algo conveniente aunque no veía que yo tuviera mi criterio formado. Todas eran amigas, me dijo. Se comunicaban posibles negocios y se repartían las comisiones con arreglo a un baremo complicado que nunca se saltaban y les funcionaba de maravilla. En los días siguientes me fueron presentando a las demás, unas y otras se volcaron conmigo, no sabría explicarme por qué. Tal vez se volcaran con todo el mundo. Todas tenían Audis o Mercedes, todas eran jóvenes aunque mayores que yo, trabajaban sin parar, todas llevaban teléfonos móviles con los que hablaban constantemente, organizando visitas y entrevistas... o hasta daban órdenes a personas a su servicio. Todas debían de tener montones de dinero pero llevaban unas vidas más aperreadas que la mía. La verdad es que ellas se fascinaban por las casas; formaban una raza aparte, de la cual yo no había conocido antes a ningún ejemplar. Su interés por las casas no bajaba nunca. A veces, si yo iba a ver un piso, por ejemplo, con Sofía, Margarita o Misi se apuntaban: "Ah, yo también voy porque ése no lo he visto. No te importa, ¿verdad?". Eran geniales.

Al principio me sentía apabullada con mi presupuesto pobretón y los conjuntos nuevos de Zara que me había comprado para quedar bien en la oficina, (con los que hasta entonces me había encontrado tan mona), frente a sus coches, sus Armanis, sus Pradas, sus Max Maras, sus Valentinis, sus Donna Karanes, Antonios Pernas y demás.

Cuando me hice amiga de Misi gané confianza en mí misma, me volví a sentir cómoda. Eso sí, me prometí secretamente asomarme por las tiendas de la calle Serrano cuando estuvieran las rebajas.

No supe si las socias habían decidido que Misi se encargara de mí o si lo decidimos nosotras; la verdad es que se dedicó

a solucionarme el problema. Dijo que no me preocupara porque encontraríamos. Casi todos los días a una hora o a otra me llevaba a ver algo y las mañanas de los sábados siempre teníamos varias visitas en perspectiva.

Con todas estas cosas llegamos a aquella mañana en que me dijo que no sabía pedir la luna.

–Mira, Constanza, este asunto lo vamos a tener que enfocar de otra manera. Tu trabajo está en Alcalá, ¿no? ¿A qué altura?

–Al lado de la Plaza de la Independencia. Es un piso alquilado en un edificio muy bueno. Llevan años allí.

–Vamos a centrarnos en los alrededores de tu oficina. Por lo menos lo más cerca posible. No tienes coche, ¿verdad?

–Tengo, en Sevilla. No me lo he querido traer hasta ver si me manejo en Madrid... No sé, a lo mejor le digo a mi padre que me lo venda.

Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que Macarena se apropiara de mi Ibiza amarillo. Quizá me lo había cogido ya. Lo mejor iba a ser venderlo.

–Pero –seguí diciendo– mi novio prefiere que no compre ni en el barrio de Salamanca ni en la zona de Zurbano, Paseo del Cisne, Fortuny y todo eso.

–Pero ¿por qué demonios? ¿Porque son zonas caras? ¿Y él quién es para decirte dónde tienes que comprar? O es que te va a dar el dinero... ¿Vais a comprar a medias? Yo creo que es muy mala cosa....

Demasiadas preguntas. Era lógico que no entendiera nada. A aquellas alturas ya tenía bastante confianza para decirle la verdad.

–Mira, no digas ni media palabra de esto a nadie, por favor. Es que... es que está casado.

Ahí gritó. “¡¿CASADO?! ¡Por favor! ¡No me lo puedo creer!”

–Pues sí y, claro, no quiere que compre el piso ni cerca de donde vive él ni cerca de su trabajo. ¿Por qué no te lo puedes creer?

–Hija, es que no te pega. Eres joven, eres muy mona, tienes un buen trabajo, una buena educación y una vida agradable. No entiendo que te enredes con un casado. Como si no hubiera chicos de tu edad estupendos y libres...

–Pues así son las cosas.

–No, así no son las cosas, así las has puesto tú. Pero pueden cambiar y espero que cambien. Eso no es decente, créeme, y tú también lo sabes.

Me había deprimido de repente. La silla del bar, de plástico, se me pegaba al cuerpo, la cerveza me había dejado en la boca un sabor amargo. Era uno de esos días madrileños en que no sabes cómo vestirse; por la mañana sales con frío y al mediodía te asas de calor. Misi con un jersey muy fino de color azul porcelana haciendo dibujos se veía tan fresca y planchada como si acabara de salir de una caja atada con un lazo. En la mesa de al lado una pareja ventilaba a gritos sus diferencias, molesta discusión, a base de ‘tú has vuelto conmigo porque Verónica te echó de su casa’. La gente que pasaba por Alonso Martínez me pareció feosa, cansada y de mal humor. Suspiré; Misi se dio cuenta.

–No te preocupes, que encontraremos un buen sitio. Pero vas a pensar primero en ti y en lo que te conviene a ti. Los novios van y vienen..

–Sí, puede ser... No sé...

El corazón se me hacía piedra de pensar que Francis se fuera de mi vida... no podía. En parte por él había dado el paso definitivo de venirme a Madrid y cambiar por completo mis costumbres.

–Mira, yo tengo que ir a mi casa ahora sin más remedio. Pero si quieres a las cuatro nos vemos en la oficina. Estaremos solas y tendremos tiempo y tranquilidad para mirar ficheros. Lleva el cuaderno verde.

En un cuaderno apuntaba los pisos que había visto. Quedamos así y nos fuimos cada una por su lado hasta las cuatro. Yo no tenía donde ir ni nadie a quien hablar. Miriam, la compañera del trabajo con quien compartía despacho, dedicaba sábados y domingos a su novio o sus padres. A comer no podía presentarme en casa de los tíos sin avisar, me daba apuro. Caminé despacio por la calle Génova para subir por Goya a Serrrano. Al

menos tendría la distracción de mirar tiendas. No podía llamar a Francis el fin de semana, estaba prohibido. Ni siquiera tenía el teléfono de su casa sino un móvil al que sólo podía recurrir en horas de trabajo, si fuera absolutamente imprescindible. Me pesaban las palabras de Misi, estaba claro que me censuraba y ella no era ninguna estrecha. Vivía con su novio pero era viuda y él soltero. Sabía por conversaciones anteriores que había estado doce o trece años casada, hasta que su marido se mató en un accidente de automóvil. Después pasó algún tiempo sin nadie y con este novio, que se había ido a vivir a su casa, llevaba dos años o algo así. A veces, me dijo, estaba un poco harta. Yo le había preguntado si pensaba casarse. "No tengo ningunas ganas", me había respondido. "No lo veo. Fuera por él ya nos habríamos casado pero no me decido. No sé si puede ser el hombre de mi vida, le falta... fundamento... Para mala experiencia ya tuve una".

Aquel día me reí, diciendo que tener un voluntario para el matrimonio, tal y como estaban las cosas, me parecía genial. Pero eso de no saber si era el hombre de su vida lo decía como esperando que no lo fuera, que hubiera otro, el auténtico. Suspiré: unos tanto y otros tan poco. Yo lo único que quería era casarme con Francis... o, más honradamente, que Francis estuviera libre. Cruzando el lateral de la Castellana un coche me pitó iracundo, casi me atropella. Un señor bien vestido me regañó: "Niña, pero cómo anda usted tan distraída, no se da cuenta del peligro". Qué fino, llamándome de usted. Me emparejé con él para cruzar el subterráneo que no me gustaba nada. Nunca pasaba por debajo de la calzada si podía ir por encima, de no haber andado despistada habría subido por la Castellana hasta un cruce.

Consideré si cambiarme de pensión mientras encontraba casa. La mía estaba supuestamente ocupada por diputados, se encontraba en la calle del Prado, materialmente a dos pasos de las Cortes, pero los huéspedes eran rarillos. Nunca cruzaba palabra con ninguno, salvo algún murmurado "bnsdías" Lejos de la oficina no quedaba; aun así...

Tenía que esperar que de alguna forma (prodigiosa) las cosas se arreglarían y podríamos llevar una vida más normal, sin tantas restricciones. Necesitaba un milagro y con franqueza no me parecía decente pedirle a Dios un milagro para que Francis se quedara viudo. No sé lo que esperaba, que su mujer